

## MISA EN SUFRAGIO DE LAS VÍCTIMAS DE LOS ATENTADOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE DEL 2001

*Catedral de La Habana, 16 de septiembre del 2001*

Queridos hermanos y hermanas:

Hay en este domingo, día del Señor, algo distinto al clima de reposo y de encuentro familiar de todos los domingos, cuando nos reunimos en la iglesia para alabar a Dios y darle gracias por sus dones admirables. Los trágicos y criminales acontecimientos de New York, Washington y Pittsburgh nos hacen sentir hoy consternados y nos postran en adoración delante del Señor, que todo lo puede, que todo lo sabe y que nos ama. Nuestras súplicas brotan desde lo hondo del corazón por las víctimas fatales de aquella insania, por los familiares que sufren su pérdida, por tantos heridos y lastimados en su cuerpo o en su alma, como resultado de acciones tan crueles.

Es espontánea la indignación que acompaña a estos sentimientos de súplica y compasión. Con dolor nos rebelamos ante un mal que se infiere calculadamente y que implica a tantos hombres y mujeres inocentes. La injusticia siempre indigna, pero la justicia no se restablece con el odio o la venganza, so pena de entrar en una incontrolada espiral de violencia, a la cual se ha referido en su mensaje del pasado miércoles el Papa Juan Pablo II considerando ese riesgo que podemos correr como consecuencia de estos terribles hechos.

Sucede que el impacto sobre las torres gemelas de New York ha estremecido no solo a los neoyorquinos o a los norteamericanos, sino a todo el mundo occidental y aun a la gran mayoría de la humanidad. La planeación horrenda de los hechos, que incluye el suicidio de numerosos fanáticos y la inmolación despiadada de los pasajeros de cuatro aviones y sus tripulantes, dejan una sensación de inseguridad que es experimentada a escala mundial y no solo dentro de las fronteras de los Estados Unidos.

La humanidad está amenazada no precisamente por extraterrestres, sino por el hombre mismo. Intuyen los pueblos lo que debe ser ahora objeto de nuestra reflexión: que los acontecimientos imprevisibles, que pueden afectar negativamente a la humanidad en el nuevo siglo que comienza, no dependerán tanto de la mayor o menor capacidad tecnológica o de la supremacía política o militar de una nación o de un grupo de naciones, sino de las decisiones que pueda tomar el hombre, de que estas se produzcan a partir de una conciencia objetivamente recta o no.

De la postura ética del hombre depende el futuro de la humanidad. La inseguridad que el mundo experimenta hoy no proviene de la falta de medios para defenderse o actuar, sino de la responsabilidad del hombre para cuidar y engrandecer la Creación que Dios le ha confiado. Esta batalla se gana o se pierde en el corazón del hombre y el triunfo depende de su capacidad para amar y ser solidario.

Más que una determinada cultura o concepción del mundo, son las normas de convivencia en un mundo global las que fueron golpeadas en New York y en Washington. No es solo un ataque contra un tipo de civilización, sino contra *la* civilización, de ahí el clamor mundial de deploración y de angustia.

Y surge la incertidumbre: ¿Se podrá instalar globalmente en el mundo un comportamiento destructor, sea dictado por fanáticos o aun por leyes y resoluciones emanadas de diversos foros que no tengan en cuenta al ser humano, la vida humana, el bien total de los hombres y mujeres de la tierra? La real globalización del mundo nos obliga a pensar en humanidad, a salir de nuestros encierros, a dejar nuestras falsas seguridades y a descubrir nuevos horizontes de comprensión, de solidaridad, de amor. Tal vez es una lección que deberíamos aprender en estos días como fruto amargo de acontecimientos tan atroces.

Mis queridos hermanos y hermanas: Dios nuestro Padre nos envió a su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, que asumió nuestra naturaleza humana. Todo lo nuestro está en Él, menos el pecado, que en verdad deshumaniza. Y Jesucristo, el Señor, vino a traer a toda la humanidad el amor sin límites de Dios Padre, la misericordia entrañable de Dios. Jesús es el rostro humano del Dios de misericordia.

En el libro del Éxodo, que fue leído en primer término, aparece el pueblo elegido de Dios adorando un ídolo de oro con forma de animal. Habían caído en la idolatría, y se fabricaron un Dios a su gusto. Este es un viejo pecado de los pueblos: no acoger la voluntad del Creador y forjarse sus propios dioses que pueden ser hoy el dinero, el poder, el placer.

Pero Dios no destruye por esto al ser humano, escucha la súplica de Moisés y perdona a su pueblo. Dios es misericordioso, Dios tiene misericordia de nosotros.

San Pablo había experimentado de forma sorprendente en su vida la misericordia de Dios. Recordemos que él fue un acérrimo perseguidor de los cristianos. Cuando el primer mártir, Esteban, fue apedreado hasta morir, Pablo participaba en aquel repugnante acto, sosteniendo los mantos de quienes lanzaban las piedras.

En su primera carta a Timoteo que leímos hoy, Pablo reconoce arrepentido que él «era un blasfemo, un perseguidor y un violento» y agrega enseguida: «Pero Dios tuvo compasión de mí, porque yo no era creyente y no sabía lo que hacía. Dios derrochó su gracia en mí dándome la fe y el amor cristiano».

La fe y el amor cristiano deben ser el distintivo de todos los que somos de Cristo, por encima de cualquier otro pensar o sentir. Y somos de Cristo por pura iniciativa suya. El Evangelio de San Lucas, proclamado hoy, nos reafirma una vez más que Jesús viene en busca de cada uno, como el pastor de la parábola, que deja las noventa y nueve ovejas del rebaño para ir a buscar la extraviada y la carga regocijado sobre sus hombros cuando la encuentra. Nos admira igualmente la diligencia de aquella mujer que barre la casa entera para buscar una moneda y se regocija con las vecinas cuando la halla. ¡Qué poco valor tiene una moneda para tanto esfuerzo! Nos sorprende el valor que da Jesús al ser humano. Somos aquella moneda de la parábola, para Él valemos mucho.

Mucho vale el hombre ante Dios, que, por medio de Jesucristo, vino en nuestra búsqueda. Por la misericordia de Dios hemos sido salvados.

Y Jesús nos invita a usar la misericordia con nuestro prójimo: «Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso».

Este Dios Padre misericordioso es el único Dios de cielo y tierra en quien creemos. No nos hagamos ninguna otra imagen de Dios, que ningún ídolo humano o material lo suplante: «No tendrás otro Dios más que a mí», «Solo a tu Dios adorarás, solo a Él le darás culto».

Al crearnos, Dios puso su imagen en lo hondo de nuestro ser. Pero a menudo hemos desdibujado esa imagen divina, la hemos profanado casi inconscientemente. Los males que hoy sufrimos y lamentamos provienen de una humanidad fugitiva de Dios, extraviada como la oveja de la parábola, que ha emborronado o ignorado la imagen de un Dios que es amor y que cada hombre o mujer lleva en sí, y se ha forjado sus propios ídolos, sea en el mundo del arte, del deporte, de la política, de las ideologías. El hombre de este siglo debe dejarse encontrar por Dios, para que Él recree su imagen en lo profundo de su ser y no olvidemos que esa imagen del Creador que llevamos en nosotros es la de un Dios misericordioso.

No hay ninguna alusión al Islam en lo que afirmo. Cuando digo «humanidad» incluyo en ella a muchos cristianos que se forjan ídolos falsos, que son inmisericordes. La línea divisoria del bien y del

mal no pasa entre una y otra religión, pues no es violenta la actitud de todos los musulmanes ni mucho menos; ni es consecuente con el Evangelio la vida y la actuación de muchos cristianos. El momento es de reflexión y oración con una súplica insistente a Dios misericordioso para que los nobles sentimientos y valores, que han aflorado consoladoramente en estos días, no se vean opacados por actitudes o acciones que pongan en peligro la pacífica convivencia de todos los seres humanos sobre el planeta en este siglo que está comenzando.

Que la misericordia de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos alcance a todos, que Él conceda la Paz del Reino eterno a los que han muerto y el consuelo y la esperanza a los que sufren su pérdida.

Así sea.